

EXPERIENCIAS

Mi encuentro con María

ENCUENTRO CON MARÍA:
EXPERIENCIAS
FEMENINAS Y
MATERNAS

P. Manuel Madueño, SM*

Mi encuentro con María se fue dando en el seno de una familia hondamente cristiana y fielmente religiosa en la manifestación de su fe. Aún recuerdo el paso de una imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro por mi casa, que se entronizaba en el dormitorio de mis padres y ante la cual rezábamos en familia. O los rosarios, también en familia, en los que mamá nos pedía a los hijos más chicos que nos sentáramos para no cansarnos mientras ella rezaba de rodillas. O las explicaciones sencillas de mamá a mis preguntas sobre la Biblia, sobre Jesús y María...

Ese encuentro se vio reforzado por mi educación en el Colegio Nuestra Señora del Pilar de Madrid, animado por los religiosos marianistas, en el que la presencia de María era natural e intensa. Clases de religión y explicaciones de María en el evangelio, toques marianos en homilias y actos escolares, mi pertenencia a la Congregación Mariana... María se fue convirtiendo en una presencia habitual, luminosa y cordial en mi camino de fe.

* Sacerdote Religioso marianista. Licenciado en Economía y bachiller en Teología. Con 45 años de trayectoria en trabajo educativo y pastoral. Fue Superior Regional de los marianistas en Argentina del 2001 al 2007. Se ha dedicado a acompañar Congregaciones Religiosas en Retiros. Es miembro de comités de bioética en Argentina. Ha publicado varios libros.

Recuerdo una anécdota que no es femenina pero que habla de mi encuentro con María. A mis dieciséis años, me planteaba seriamente mi vocación religiosa y dudaba a qué congregación ingresar. Un sacerdote jesuita con el que conversaba me dijo: “No lo dudes. Tienes que hacerte marianista. Yo siento cuánto quieres a María y a tu colegio marianista”.

Después, todo se fue dando muy natural y providencialmente. La formación marianista, el mensaje del Fundador y su amor a María, el carisma de alianza misionera con María, la recuperación de una teología mariana bíblica y eclesial fruto del Concilio Vaticano II, mis experiencias catequísticas y pastorales ya como religioso y sacerdote donde la referencia a María surgía como algo natural y estimulante... Todo ello fue marcando mi camino de respuesta a Dios con un fuerte y hermoso matiz mariano.

Qué rasgos de María fui encontrando en las mujeres con las que compartí la vida, la amistad y la fe

Mi madre: ternura y entrega

En varias oportunidades en mi vida pastoral he recordado y com-

partido con emoción unos versos del Martín Fierro, poema nacional argentino:

*No se hallará una mujer
a la que esto no le cuadre;
yo alabo al Eterno Padre,
no porque las hizo bellas,
sino porque a todas ellas
les dio corazón de madre.*

“Corazón de madre...”. Corazón que va impregnando toda la vida y que se hace sonrisa, abrazo, atención permanente, intuición certera, heroísmo cotidiano, sacrificio incondicional... Es el misterio de la mujer-madre. Yo viví ese misterio en mi madre. Y lo experimenté en su ternura diaria, en sus pequeños gestos de cuidado, en su atención permanente a la situación de cada uno de sus hijos, en su entrega incondicional a las tareas de la casa, en su manera dulce y serena de enseñar, corregir, guiar, en el orgullo por el hijo que crecía y le iba mostrando sus pequeños logros...

A través de ella, pude intuir el corazón de madre de María. Lo fui detectando e imaginando en los sobrios relatos evangélicos: la ansiedad amorosa del embarazo, la preocupación por el nacimiento que vino complicado, la ternura de la crianza, la protección en

el tiempo duro del destierro, la educación de Jesús en el respeto y la verdad, el amor a Yahvé y la libertad, los diálogos profundos sobre el drama de su pueblo y la fidelidad del Dios de la Alianza, la incompreensión ante los gestos y las palabras inesperadas de ese hijo que se mostraba distinto, la confianza en Él, a pesar de todo, su acompañamiento en las horas amargas de la crítica, el abandono de los suyos y la cruz, el dolor indescriptible al tener a su hijo muerto en su regazo, la alegría profunda en su primer encuentro con Jesús Resucitado... Pero siempre su corazón de madre permanecía inasequible al desaliento.

Mis hermanas: libertad y respeto

La vida, mis padres y Dios me regalaron tres hermanas. Con ellas viví mis primeros dieciséis años y con ellas seguí en contacto y cariño cuando las opciones de vida de cada uno, nos fueron distanciando geográficamente. De ellas y con ellas aprendí la convivencia fraterna, las necesarias diferencias de edad y sexo, la comprensión y el apoyo ante circunstancias difíciles de la vida, el respeto a opciones de vida que no se preveían ni se entendían, el diálogo cordial de las vivencias de cada uno, la dedicación a las fa-

milias numerosas que fueron gestando, la apertura de sus vidas a la realidad y a las necesidades de los demás...

A través de ellas fui comprendiendo también la libertad y el respeto de María hacia Jesús y hacia los demás. La libertad de alguien que captó a Dios como Padre Misericordioso, que le regaló el increíble don de la libertad y supo vivirlo a pesar de los condicionamientos de una sociedad patriarcal y machista y un sistema religioso taxativo e invasor de la conciencia. La libertad de una madre que supo educar en esa libertad a su hijo y que -aún sin comprenderlas- supo respetar sus opciones de vida. El respeto al estilo de vida y de acción de Jesús que rompió los moldes rígidos de la familia judía. El respeto (unido a una profunda alegría) a tantas mujeres que se sintieron motivadas por su hijo a vivir de otra manera y se convirtieron en discípulas y compañeras de aquel camino nuevo abierto por Jesús.

María del Carmen (“Tata María”): humildad y trabajo

Otra mujer que marcó mi vida. Fue empleada en mi hogar desde el mismo casamiento de mis padres y con el correr del tiempo se

convirtió en alguien más de la familia, querida por todos. La “tata María”, como la llamábamos, era indispensable como el pan en nuestro hogar: cocinaba, lavaba y planchaba, limpiaba todo al detalle, era incansable en su esfuerzo para que todo estuviera bien y a punto..., todo con una sencillez y humildad que le brotaba naturalmente y que se reflejaba en su silencio y su sonrisa. Pero, sobre todo, era nuestra protectora, cómplice de nuestras travesuras, culpable confesa de las cosas rotas por nosotros...

A través de ella me fue más fácil encontrarme y comprender la humildad y el trabajo de María en su hogar de Nazaret. Es fácil y hermoso imaginársela sencilla y laboriosa, alegre y activa, cuidándolo todo y atenta a los pequeños detalles que hacían aquel hogar cálido y acogedor. Saber que lo hacía dando gracias a Dios, alegre de poder servir con humildad y vida por un amor incansable que se extendía a vecinos y personas necesitadas, a los novios de Caná y a tantos otros que quedaban en el corazón de ella y de Dios.

Alicia: el camino esforzado de la fe

Una abuela encantadora. Había estudiado en un colegio de

monjas, vivió una religiosidad sincera pero muy tradicional, envió joven y ahora ayudaba a sus hijas con los nietos... Hasta que le hicimos el ofrecimiento de incorporarse al grupo de catequistas de nuestro colegio de 9 de Julio (Buenos Aires). Lo tomó con sorpresa y miedo pero se dedicó con entusiasmo. Hasta que comenzaron sus dudas y problemas de interpretación de los textos bíblicos y su dificultad para responder a preguntas incisivas de chicos y grandes. Pero no se rindió. Venía seguido a verme y a consultar, leía, buscaba, se reunía con otros catequistas, hizo un seminario bíblico y, sobre todo, oraba.

En Alicia intuí muchas veces el camino esforzado de la fe de María. Después del terremoto de la Anunciación, María tuvo que comenzar a plantearse su fe en Yahvé y su manera de vivirla. Tuvo que comenzar a interpretar con más profundidad los relatos de la historia de su pueblo y lo que revelaban del Dios de la Alianza. Tuvo que irse desprendiendo de la rigidez de las normas judaicas para dar paso a la libertad del amor y de la misericordia. Tuvo que dialogar con su hijo sobre el Proyecto del Padre, y, sobre todo, aprendió a vivir la fe en el seguimiento de Jesús y en la confianza

inquebrantable en la promesa de Dios.

Élida: fortaleza y esperanza

Estrenaba mi sacerdocio en Buenos Aires y la conocí en la parroquia en la que yo celebraba la Eucaristía los domingos. Desde entonces se fue tejiendo una larga historia de amistad, ayuda, consejo y apoyo. La vida de Élida ha sido muy difícil, tuvo un matrimonio complicado que terminó abruptamente, estrecheces económicas, una relación no siempre cordial con sus hijos, el cuidado de una madre mayor y enferma... Pero estaba siempre luchando, apoyando a los suyos, tendiendo puentes, enfrentando las dificultades con fortaleza encontraba tiempo para colaborar como catequista en su parroquia. Superaba la tentación de la depresión y la amargura, del reproche a la vida y a Dios, porque el secreto de Élida era su fe honda y su esperanza firme en la ayuda de Dios.

¡Cuántas veces hablamos con ella de María! ¡Y cuántas veces, a la luz de su testimonio, yo pensé en la fortaleza y la esperanza de María! Ella también vivió la pobreza de medios, la experiencia dolorosa de la emigración a un

país extraño, la incertidumbre de un futuro amenazante, la humillación de la opresión política, el dolor de la pérdida de seres queridos, el sinsentido de la oposición creciente al mensaje liberador de Jesús, el dolor increíble de la muerte en la cruz y del aparente abandono de Dios... En todo ello y a pesar de todo, mantuvo la esperanza, se enfrentó a las dificultades con fortaleza, nunca bajó los brazos, supo seguir siendo fiel a su pacto de amor al Dios que la llamó.

Hermana Margarita: confianza en la Providencia

Tres de los años más duros y apasionantes de mi vida los pasé en Monte Quemado, un pueblito perdido en el noroeste de Santiago del Estero (Argentina). Entre obrajes y hacheros, entre ranchos y gente sufrida... Allí estaban las Hermanas de la Cruz, una Congregación religiosa dedicada al trabajo entre los pobres. Y en esa comunidad vivía la hermana Margarita, siempre animosa, activa, con su gracejo andaluz... No sé cómo hacían pero encontraban ayuda para sus muchas iniciativas de educación y promoción de los más humildes. En una oportunidad hubo una sequía persistente

y muchas familias iban a sacar agua del aljibe de ellas. Hasta que una hermana dio la voz de alarma: “ya casi no queda agua; nos vamos a quedar sin ella...”. Entonces se alzó la voz de la hermana Margarita: “Confiemos en Dios que nunca nos hizo faltar lo necesario”. No sé si convenció a todas, pero la autoridad de su fe en la Providencia se impuso. Durante días y días y días, la gente siguió sacando agua, y el aljibe no se agotó.

La hermana Margarita me hizo encontrar de una forma nueva la confianza en la Providencia de María. Ante todo, en su increíble gesto inicial de fiarse de la propuesta incomprensible de un Dios que le pedía ser madre, sin tener relaciones con su prometido José. En su seguridad de que ese mismo Dios iluminaría a José para que no la abandonara. En la serena tranquilidad con la que muchas veces se privó de alimentos para compartílos con los pobres que pedían ayuda. En la audaz confianza con la que acudió a Jesús para “robarle” el signo que hizo abundar el vino de la fiesta en el casamiento en Caná. En el abandono doloroso pero seguro en los brazos del Padre teniendo entre los suyos al hijo crucificado. En

la certeza de que se cumpliría la promesa del Espíritu, alentando el miedo y la tristeza de los discípulos.

Aurora: anuncio gozoso de la fe

Esposa, madre, trabajadora, laica comprometida en nuestra parroquia de General Roca en la Patagonia argentina, miembro de un grupo de matrimonios que todos los meses se reúne para compartir la vida y la fe, colaboradora infatigable en iniciativas de pastoral y promoción humana... Pero sobre todo, anunciadora alegre de la fe, catequista convencida y entusiasta, animadora y responsable de grupos de catequistas... El camino de fe que Aurora recorrió y sigue recorriendo -con sus inevitables interrogantes y dudas- desembocó en una posesión alegre de su fe en el Padre Misericordioso y en su Hijo, el Señor Jesús, Maestro y Camino, Crucificado y Resucitado, en el anuncio convencido y contagioso de esa fe. Una fe vivida como un tesoro que quiere compartir, como una fuerza que le da energía, como un estilo de vida que en ella se hace oración, comunidad y servicio.

Esa forma de vivir y anunciar la fe en Aurora me hace encontrar-

me con el anuncio gozoso de la fe de María. Pienso en el saludo alegre a Isabel y en la conciencia de que es feliz porque ha creído. Pienso en su cántico gozoso y profético al Señor Poderoso y Santo que hace maravillas en su Pueblo, derriba a los poderosos y enaltece a los humildes. Pienso en la alegría de María al recibir a los pastores y hablarles de ese pequeño gran Niño, en los muchos ratos de oración y diálogo hogareños en los que con José y Jesús alababan y agradecían al Dios de la Alianza y en la consolidación de esa fe al conocer los signos de liberación y misericordia de Jesús con los pobres de Palestina. Pienso en la serena alegría de María cuando sostiene la endeble fe de los discípulos esperando la Promesa del Señor, el Espíritu del amor y la fortaleza...

Mabel: compromiso con los más pequeños

No sé bien cómo comenzó. Pero la situación “de calle” de muchos chicos de General Roca movilizó a un grupo de personas que decidieron ayudar. Primero fueron los repartos de comida en la noche, a las puertas de un supermercado; luego una fundación y la instalación en una casa

cedida por la municipalidad que se convirtió en hogar de contención, educación, aseo y alimentación para más de veinte chicos y chicas, niños y adolescentes de nuestra ciudad, provenientes de hogares con problemas. Con lo cual llevamos veinte años. Entre ese grupo de personas que llevan adelante este hermoso proyecto estuvo desde el principio Mabel. Todos los días, de la mañana a la tarde ella está presente atendiendo a los chicos y a sus familias, supervisando sus estudios, promoviendo talleres y experiencias educativas, ayudando a la cocinera, comprando útiles escolares, sacando y enviando fotos para que todos sepamos que “la casita”, “el hogar de los cachorros” sigue adelante.

Admiro la entrega de Mabel y su compromiso permanente. Ella me ayuda a encontrarme en el compromiso de María con los más pequeños, con los más necesitados, con los que muchas veces son ignorados por la sociedad. Los hubo en tiempos de María y ella estuvo a su lado. Por eso habló de ellos en su Cántico de alabanza y profecía, anunciando el Proyecto de un Dios que los hacía sus preferidos. Por eso le habló a Jesús del drama de las madres

que perdieron a sus pequeños por el orgullo ciego de Herodes. Por eso cuidó tres meses al pequeño Juan, que crecía en el vientre de Isabel. Por eso cuidó a los hijos de sus vecinas y parientes. Por eso aceptó la misión de Madre que Jesús le encomendó desde la cruz. Por eso, convertida ya en Madre del Pueblo de Dios, ha

seguido, sigue y seguirá acompañando el camino de fe y amor de los pequeños como Juan Diego y de tantos otros que le presentan sus tristezas y sus esperanzas.

¡Gracias María por dejarme encontrarte en tantas mujeres fieles a lo largo de mi vida!